

SALVADOR FREIXEDO

TEOVNIOLOGÍA

El origen del mal en el mundo



diversa

El tamaño de este pequeño libro no está en proporción con la importancia del tema que trata. La religión es el fenómeno social más importante de la raza humana, y los ovnis son la gran asignatura pendiente de la ciencia. A primera vista, los ovnis y la religión (los extraterrestres y Dios) no parecen tener nada en común.

El autor de este libro, imbuido de profundas ideas religiosas, lo pensó así durante años, hasta que los testimonios de personas fidedignas y las experiencias personales lo convencieron de que, en realidad, y por extraño que pareciera, el fenómeno ovni y el fenómeno religioso (todas las religiones) tienen mucho en común. Y no solo eso, sino que los tripulantes de los ovnis están detrás del comienzo de las religiones, y su influencia puede trascender incluso más allá de los límites de la fe. ¿Puede ser la inteligencia que hay detrás del fenómeno ovni la responsable de la complicada situación política y económica actual del planeta? Y si es así, ¿qué oscuros intereses se ocultan en su manera de actuar? ¿Son estos seres los instigadores del mal en el mundo?

En este libro, tras varios años alejado de los medios, dedicado al estudio en profundidad del fenómeno ovni, Salvador Freixedo nos muestra unas conclusiones desgarradoramente sinceras. "Teovnilogía" es un libro que, tanto a creyentes como a escépticos, les resultará difícil de asumir.



Teovnilogía

Salvador Freixedo

www.diversaediciones.com

Teovniología. El origen del mal en el mundo

© 2014, Salvador Freixedo

© 2014, Diversa Ediciones

EDIPRO, S.C.P.

Carretera de Rocafort 113

43427 Conesa

diversa@diversaediciones.com

ISBN edición ebook: 978-84-942484-6-7

ISBN edición papel: 978-84-942484-2-9

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustraciones de cubierta: © DeoSum y © Robert Adrian Hillman / Shutterstock

Todos los derechos reservados.

www.diversaediciones.com

INTRODUCCIÓN

Amigo lector: lo que vas a leer puede que te haga cambiar radicalmente tu manera de enfocar la vida, pero también es muy posible que lo consideres un total dislate, fruto de una enorme credulidad o de una imaginación calenturienta, y termine en la papelera. Todo puede ser, y estás en tu perfecto derecho de juzgarlo de esta forma. Si es así, aprovecho para acompañarte en el sentimiento porque, debido a tu prejuicio, pierdes una oportunidad de enterarte de algo enormemente importante.

Hace unos tres siglos y medio los europeos fuimos a África, la invadimos y nos la repartimos como nos pareció, sin tener para nada en cuenta el parecer de sus habitantes. Estos nos vieron llegar primero con asombro, después con curiosidad, más tarde con alegría —porque les llevamos adelantos que ellos no tenían— y, por fin, al cabo de bastantes años, cayeron en la cuenta de que los estábamos saqueando. Entonces muchos de ellos se sublevaron, y cuando las cosas se pusieron mal para nosotros, salimos huyendo, pero el mal ya estaba hecho. Habíamos roto el equilibrio que ellos tenían en sus sociedades, les habíamos contagiado nuestras trampas y nuestras malas costumbres, y hasta las cosas buenas que les habíamos llevado acabaron convirtiéndose en instrumentos para que los que eran más fuertes entre ellos abusasen de los débiles. En definitiva, que cuando nos fuimos dejamos atrás un enorme caos que,

gracias a las armas que les enseñamos a usar, ha convertido África en un continente de muerte.

De manera similar, hace unos setenta años ciertos seres inteligentes no humanos empezaron a dejarse ver en nuestros cielos. Esto suscitó la curiosidad de muchas personas, aunque, extrañamente, las autoridades no se dieron por enteradas y la ciencia oficial juzgaba y sigue juzgando como alucinados a los que investigan el fenómeno y piden explicaciones. En parte, los recién llegados —o más correctamente, los recién vistos, porque la realidad es que ya llevaban mucho tiempo en este planeta— nos entregaron unos cuantos adelantos muy entretenidos (todo el mundo de la electrónica y de las pantallas), y en parte se los robamos, y gracias a ellos, y sin que nos diésemos cuenta, se fueron adueñando de nuestras mentes.

La gran diferencia entre la invasión de África por los europeos y la del planeta Tierra por los «extraterrestres» es que en la primera los invasores éramos visibles y, aunque más avanzados, éramos de la misma especie que los invadidos, mientras que en la segunda los invasores tienen la capacidad de hacerse invisibles, no son humanos y además poseen una tecnología que para los humanos es inconcebible y aparentemente milagrosa. Tan milagrosa, que ese es uno de los argumentos en los que se basa la megaciencia para decir que todo es una fantasía.

Pero en definitiva, los resultados de la invasión son los mismos. Como la invasión de estos seres extrahumanos no es cosa reciente sino que data de muchos milenios, y como, al igual que en África, los invasores no vienen precisamente buscando nuestro bien sino lo que a ellos les interesa, nuestro planeta ha sido siempre un campo de batalla en el que los humanos nos hemos estado matando sin descanso por las razones más absurdas. Pero en los últimos tiempos, cuando nuestros visitantes han comenzado a manifestarse y a actuar de una manera más directa, hemos entrado en una actividad frenética y suicida como fruto de la influencia que

estos seres han ejercido sobre nuestras mentes durante muchos años.

A continuación presento unos cuantos escritos en los que trato de explicar dos realidades que están íntimamente relacionadas: las raíces del mal en el mundo y la compleja realidad de los ovnis que se ven en nuestros cielos. El fenómeno ovni lo analizo no de una manera superficial, como hasta ahora lo habíamos venido haciendo, sino yendo hasta sus raíces y sus últimas consecuencias, aunque sé que a muchos les parecerá que he sido víctima de una intoxicación de fanatismo platillero o religioso. En mis no escasos escritos he dado bastantes señales de no ser ningún fanático religioso —más bien todo lo contrario—, aunque ahora al fin de mi vida haya descubierto el fondo de verdad que hay en todas las mitologías religiosas.

Los tres primeros capítulos tienen el propósito de hacer reflexionar sobre la perversidad y la putrefacción que existe entre los grandes dirigentes de nuestro desgraciado planeta, que se debe fundamentalmente a la influencia que estos seres del espacio han tenido en sus mentes. Son solo una mínima muestra de todas las pruebas que se podrían presentar y que irán saliendo a lo largo de estas páginas. A primera vista da la impresión de que estas primeras reflexiones no tienen nada que ver con los escritos siguientes, pero si sigues leyendo verás que en el fondo van a lo mismo.

El resto del libro lo escribí el año 2001 y es un resumen de la idea que entonces tenía de todo el fenómeno ovni. Desde entonces no ha cambiado mucho, aunque algo sí, pues uno ha ido sabiendo más cosas, profundizando más y teniendo más experiencias, y en la actualidad la ovniología profunda ha traspasado los parámetros en los que se mueven tanto la ciencia como la lógica humana, y adentrarse en el estudio del fenómeno extraterrestre es

entrar por el resbaladizo y perturbador mundo de lo paranormal y de lo mitológico. Perturbador y resbaladizo pero real, con un tipo de realidad que trasciende las fronteras de la engolada ciencia y hasta del normal sentido común. Reconozco que suscitará muchas preguntas, pero si el lector sigue leyendo, encontrará contestación a muchas de sus dudas. Y reconozco también que quizá a veces soy algo repetitivo debido a que estos escritos fueron redactados en épocas diferentes. Pido perdón por ello.

I.

REFLEXIONES SOBRE EL MAL (parte 1)

Decía el vidente Parravicini que la Tierra es «un planeta de castigo». Él tenía la impresión de que nuestro mundo es el lugar donde envían a los que se han portado mal en vidas anteriores o en otros lugares del Cosmos. Viendo el estado caótico y suicida de la sociedad humana de todos los tiempos y su manera salvaje y semirracional de actuar, cada vez me convenzo más de que lo que parecía la fantasmada de un iluminado tiene mucho de realidad.

Por otro lado, vemos que entre los humanos, en todos los países y razas, hay muchos individuos evolucionados que no están aquejados de la inmunodeficiencia genética ante el poder y el dinero que padece la mayor parte de los mortales, porque han caído en la cuenta de que la transitoria estancia en este planeta es para evolucionar en todos los niveles y para ayudar a otros seres humanos en esa evolución. Pero el problema es que evolucionados y no evolucionados vivimos todos mezclados, y en una misma familia puede haber individuos de los dos bandos.

Otra cosa desgraciada es que los evolucionados suelen ser más pacíficos y dedicarse con preferencia a cumplir

responsablemente sus tareas y obligaciones sin interferir en las vidas de los demás, mientras que los no evolucionados son más audaces y suelen causar problemas en la convivencia con sus semejantes.

Esta es una de las causas de que haya tantos conflictos entre los humanos; conflictos personales y conflictos globales en los que intervienen sociedades enteras, frecuentemente con consecuencias mortales para muchas personas. Las grandes preguntas que yacen en el fondo de todos estos conflictos son las siguientes: ¿por qué hay tantas guerras en nuestro planeta?, ¿por qué los humanos nos comportamos tan irracionalmente?, ¿por qué somos tan belicosos?, ¿por qué hay tantos individuos malvados que no respetan los derechos de los demás?, ¿de dónde procede esa maldad?, ¿es algo que depende de la libre voluntad de cada individuo o es algo que traemos en los genes y a lo que no tenemos más remedio que obedecer?

En el fondo, esa es la gran cuestión que por siglos se han planteado los filósofos y los que se rebelan ante la existencia de un Dios providente: ¿por qué permite que en la Tierra haya tanto dolor y tanta injusticia? En definitiva, ¿por qué existe el mal? Ese es el tema que estudia la moderna ponerología¹.

Los teólogos tienen que hacer mil malabarismos mentales para tratar de contestar a esta pregunta, pero no lo logran. Les echan la culpa a la desobediencia y a la rebelión del ser humano contra los mandamientos de Dios, pero no nos dicen por qué los humanos somos tan rebeldes. Los agnósticos, con toda razón, siguen sin saber de dónde procede toda la maldad, toda la corrupción y todo el dolor que siempre han acompañado al ser humano. Y los ateos, más cegatos, no saben, no contestan. Cuando les llega la hora de irse, se van resignadamente a su Nada.

Y aquí es donde nuestra manera de pensar se aparta radicalmente de las insatisfactorias explicaciones que hasta ahora nos habían dado tanto los filósofos y teólogos del

pasado como los científicos de nuestros días que están queriendo explicarlo todo con mecanismos cerebrales. Resulta que las sinapsis neuronales son las que tienen la culpa de todo, porque a fin de cuentas el alma es un conglomerado de neuronas, tal como nos dice Eduardo Punset en su libro *El alma está en el cerebro*, y allí es donde se cocinan toda la bondad y la maldad. El bueno de Punset se perdió en un bosque de dendritas y no encontró la salida (y nunca mejor dicho porque «dendritas» viene de «*dendron*», que en griego es «árbol»). Pero ante respuestas tan facilonas, seguiremos preguntando: ¿y quién es el responsable de que esos mecanismos cerebrales funcionen de una manera tan negativa para el individuo y para la sociedad? Y aun suponiendo que tengamos en realidad un libre albedrío, ¿por qué usamos ese libre albedrío contra nosotros mismos?

Olvidémonos por tanto de las explicaciones de filósofos y teólogos sobre el Mal y olvidémonos así mismo de las sinapsis neuronales de los científicos y busquemos audazmente otras explicaciones para esta mentalidad tramposa y beligerante que anida en el alma de tantos millones de seres humanos.

Cuando echamos una primera mirada a las grandes autoridades que se supone dirigen el mundo, lo primero que nos llama poderosamente la atención es la canalla gobernante. ¡Qué gentuza! Ladrones, mafiosos, buscones, chulos, rijosos, criminales, mentirosos, psicópatas, prevaricadores, visionarios, traidores con sus propios conciudadanos y fantoches de toda ralea son los que en estos momentos —y creo que así ha sido siempre— tienen las riendas de este enorme rebaño humano extendido por toda la superficie del planeta. Muchas veces, cuando he visto la «foto de familia» publicada con gran despliegue en todos los periódicos tras alguna de las cumbres en las que cada cierto tiempo se divierten, me he parado detenidamente a identificar cada una de las caras y en voz

alta he ido diciendo: «Este tendría que estar en la cárcel por prevaricador, este por estafador, este por haber ganado las elecciones haciendo trampa, este por borrachín, este por tener a su país en la miseria cuando dedica la mitad del presupuesto al ejército, este por haberse llevado a Suiza el dinero que robó, este por no haber cumplido nada de lo que prometió antes de las elecciones, este por haber comprado la presidencia con dinero del erario público, este por haber ayudado a sus amigos banqueros a blanquear ingentes cantidades de dinero, este por haber asesinado a sus enemigos políticos, este por indecente pues usaba a sus secretarias debajo de la mesa presidencial, este por tener tratos con la mafia, y a este habría que bajarlo de la presidencia sencillamente por incompetente o por haberse sentado a pactar con una banda de asesinos, contra el parecer de la mayoría de los ciudadanos de su país».

Se me dirá que exagero, porque no todos los presidentes de las naciones merecen estas descalificaciones, y es cierto. Pero lo triste es que un gran número de ellos sí las merecen, cuando lo lógico sería que por estar colocados en puestos de tanta responsabilidad fuesen unos ciudadanos ejemplares. Como también es cierto que la lista de expresidentes que han sido condenados por los tribunales —y si no lo han sido es porque previamente habían amordazado al poder judicial— es abundantísima: desde monstruos como Stalin, Mao, Hitler, Idi Amín, Bocassa, Pol Pot, Hafez al Assad y su hijo Bashir, pasando por trápalas, visionarios, borrachos, locos y dictadores de medio pelo más o menos sanguinarios y ladrones como Fidel Castro, Yeltsin, Milosevic, Pérez Jiménez, Batista, Chávez, Somoza, Ortega, Pinochet, Than Shwe, Ríos Montt, Ceaucescu, Duvalier, Perón, Sheid Arhmed, Hassan II y su hijo, Mubarak, Hugo Banzer, Trujillo, Niyazov, Hamad Bin Hamdan, Macías, Kim Il Sung y su hijo, Gadafi, Stroessner, Sukarno, Suharto, Mobutu, Mugabe, Videla, Ben Alí, Obiang o Jacob Zuma, hasta personajes tan «honorables» y

«demócratas» como Andreotti, Putin, Craxi, Clinton, Nixon, Carlos Andrés Pérez, Mitterrand, Berlusconi, Bush padre e hijo, Menem, el irresponsable Zapatero, Kirchner y señora, Echeverría, López Portillo y todos los presidentes del PRI, etc. La lista de buscones, aprovechados, incompetentes, listillos o indeseables que han llegado a presidentes de sus respectivos países podría hacerse larguísima. Y todos los citados son **¡contemporáneos míos!** Con esta gentuza al frente de los destinos de la humanidad, es totalmente lógico que esta esté como está.

Pero una vez más nos asalta una pregunta: ¿cómo es posible que individuos de esta calaña lleguen a esos puestos? Porque la realidad es que muchos de ellos son presidentes de países que aparentemente tienen regímenes democráticos y donde las elecciones se celebran limpiamente. Efectivamente, se celebran elecciones, y en la mayor parte de los casos aparentemente limpias, pero la manipulación de las masas por parte de los medios de comunicación, la escasez de políticos honestos y evolucionados y el atontamiento y borreguismo de nuestra sociedad son tales que es como un cáncer sistémico que ha invadido ya la esencia de muchas de las instituciones que constituyen el meollo de una verdadera democracia y en las que se basa nuestra convivencia. La independencia de los tres poderes es una pura utopía. La democracia de muchos países, y por supuesto la de España, es en estos momentos una farsa y una total mentira.

El Cuarto Poder (la prensa y los masivos medios de comunicación), que debería ser un gran instrumento para que los ciudadanos estuviesen bien informados, ha sido siempre un medio de manipulación de las masas en manos de los políticos y de los poderosos.

Una noche de 1880 John Swinton, el más prestigioso periodista de Nueva York, asistió a una cena en su honor, organizada por periodistas, y alguien propuso hacer un

brindis por la prensa libre. Swinton se levantó y ante el asombro de sus camaradas dijo:

No hay tal cosa como una prensa libre. Ustedes lo saben tan bien como yo. Ninguno de ustedes se atreve a escribir su honesta opinión, y si lo hiciese, saben perfectamente que no saldría impresa. A mí me pagan para que no escriba en el periódico en el que trabajo mi sincera opinión. A ustedes les pagan por lo mismo que a mí, y si alguno estuviese tan loco como para decir sinceramente lo que piensa, pronto estaría buscando trabajo. Si yo me permitiese escribir lo que pienso de muchas cosas, en veinticuatro horas estaría despedido.

El trabajo de los periodistas es destruir la verdad, es mentir descaradamente, es pervertir, es vilipendiar, es adular a los que tienen el dinero y es vender a su patria y a su raza para ganarse el pan. Ustedes lo saben igual que yo. Por lo tanto, ¿a qué viene este brindis por la prensa libre?

Nosotros somos las herramientas y los siervos de los ricos que están detrás de bastidores. Nosotros somos solo muñecos; ellos tiran de los hilos y nosotros danzamos. Nuestros talentos, nuestras capacidades y nuestras vidas les pertenecen. Nosotros somos prostitutas intelectuales.

Creo que Swinton se pasa un pelín en su juicio sobre los periodistas. Pero aparte de sus exageraciones, en su discurso hay un retrato bastante acertado de lo que sucede con los grandes medios de comunicación.

Las democracias, tal como hoy se practican en la mayoría de las naciones, huelen a podrido. En muchas de ellas se ha pasado de una monarquía absoluta a una presidencia absoluta donde un señor que no es de sangre real hace lo que le da la real gana. Se rodea de tres o cuatro incondicionales y a puerta cerrada dictaminan lo que les parece, pasando si hace falta por encima de la Constitución y de los dictámenes contrarios de las instituciones del Estado. En España con Zapatero hemos tenido repetidos ejemplos de ello, cuando entre el presidente y sus amiguetes, mintiendo con un descaro increíble, engañaban todos los días a la nación. Los virtuales «legisladores», muy arrellanados en sus curules con acceso a internet, estaban esperando las órdenes que llegasen de «presidencia» para

obedecer borreguilmente apretando el botón que se les ordenase. La independencia y soberanía del poder legislativo era solo simbólica, y los intereses y las preocupaciones del pueblo al que representaban se quedaban para el programa de las próximas elecciones. En definitiva, una farsa grotesca en la que el dinero de los contribuyentes corría abundantemente para gastos de desplazamiento, comisiones, retiros generosos, acondicionamiento de despachos y edificios, inspecciones, celebraciones, recepciones de huéspedes ilustres, «visitas de estudio» al extranjero y comidas de trabajo en las que las únicas que trabajan son las quijadas de los padres de la patria para dar buena cuenta de alguna suculenta mariscada. Las estadísticas nos dicen que los políticos están muy desprestigiados. Y eso que la masa no tiene idea de la enorme corrupción que se da en las alturas del poder. Si la conociese no sería extraño que hubiese algún tipo de rebelión general contra todos los partidos políticos. En el fondo del 15-M está latente esta asqueada rebelión, aunque luego este movimiento se haya visto infectado por la misma ideología corrupta contra la que se rebela.

El poder, y sobre todo el poder absoluto, obnubila por completo las mentes de los que lo ejercen y no dudan en llegar a acciones increíbles para desentenderse de sus enemigos o para dar paso a su megalomanía desenfrenada. El asesinato y su posterior encubrimiento por las mismas autoridades que lo perpetraron ha estado presente en infinidad de ocasiones en las alturas del poder. En nuestros días hemos tenido muestras de este criminal y clamoroso encubrimiento con los asesinatos de Olof Palme, Luther King, los Kennedy o la princesa Diana. Si han sido capaces de encubrir estos magnicidios, es indudable que lo hacen con mucha mayor facilidad cuando se trata de personas menos conocidas. Recuerdo en México el asesinato, por orden del Presidente, de un famoso periodista que se había atrevido a denunciar sus robos. Al día siguiente, en el

funeral, pudimos ver en primera fila con cara muy compungida al primer mandatario dándole el pésame a la viuda. Y no solo se atreven al asesinato individual sino al colectivo e incluso al genocidio, de ello tenemos eximios ejemplos en la historia reciente.

Muchos gobernantes supuestamente demócratas, pero con subliminales entrañas de dictadores, han recurrido con frecuencia a acciones aberrantes y monstruosas para ocultarles a sus pueblos sus verdaderas intenciones. Hay innumerables ejemplos de ello. En el año 1898 los norteamericanos hicieron estallar en la bahía de La Habana su propio acorazado *Maine* sin importarles las personas que iban a morir. La secreta causa de una acción tan suicida era que el gobierno necesitaba una razón para declararle la guerra a España, porque ellos querían que la Cuba independiente cayese bajo su esfera de influencia. A los gobernantes «demócratas» poco les importó que en la explosión provocada muriesen 268 marinos y hubiera una buena cantidad de heridos.

El hecho del *Maine* es casi de juguete si lo comparamos con atrocidades mucho mayores y auténticos genocidios que las grandes potencias han cometido en todo el planeta contra países pequeños para lograr sus intereses. Los orígenes de la guerra de Vietnam son muy semejantes a los de la guerra de Cuba. El inexistente ataque vietnamita en el golfo de Tonkin fue la razón por la que el presidente Johnson dio la orden para iniciar la guerra de Vietnam, de la que los norteamericanos tuvieron que salir con el rabo entre las piernas.

Aunque mucha gente se resista todavía a creerlo, hoy en día hay ya suficientes pruebas de que el derribo de las Torres Gemelas de Nueva York (más el edificio WTC7, de 40 pisos, que no fue atacado por los aviones y que se vino abajo en diez segundos), no fue solo obra de los fanáticos de Al Qaeda, sino que fueron indirectamente ayudados por siniestros altos personajes de las finanzas mundiales (de los

que hablaremos posteriormente) y del gobierno de Estados Unidos, que quería tener una excusa para invadir y dominar aquella región tan rica en hidrocarburos. Lo que comenzaron en Afganistán como venganza por el atentado de la Torres Gemelas quisieron rematarlo más tarde con la mentira de las armas de destrucción masiva de Sadam Husein —nunca encontradas—, sin tener en cuenta los cientos de miles de muertos que iban a causar. Y algo parecido es lo que se va vislumbrando en el atentado del 11 de marzo en Madrid. El gobierno del señor Zapatero no quería que se averiguase la verdad porque lo que estaba aflorando era que el Partido Socialista, entonces en la oposición, sabía de antemano que algo grave se estaba tramando, y no quiso comunicárselo al gobierno porque el atentado les podría dar la victoria en las elecciones, como así fue.

Los pueblos se pudren por la cabeza y la corrupción de los mayores dirigentes de este planeta alcanza ya niveles de espanto. Y paralelo a ello está el borreguismo de los ciudadanos de los países desarrollados que, engañados por los grandes medios de comunicación y especialmente entontecidos por la televisión, engordan más o menos satisfechos con su nivel de vida y con la paja endulzada con la que las pantallas de televisión alimentan a diario su cerebro. Al mismo tiempo, las masas depauperadas africanas y las de los países no desarrollados arrastran su hambre, su malaria, su sida y su asco de vivir, amedrentadas por algún gorila con estrellas de general o gobernadas por algún político ratero con cuentas en Suiza. El país helvético, tan modélico y tan desarrollado, ha sido por muchos años la cloaca donde ha ido a parar todo el estiércol monetario que enviaban los ladrones de los pobres de todo el mundo.

Esta es la visión panorámica de nuestro planeta, muy diferente de las deslumbrantes ceremonias de los Óscar, los Juegos Olímpicos, la ópera de Milán, las Naciones Unidas,